HARLEQUIN™

Julia™

Las mujeres de Brambleberry



Alma de hielo

RAEANNE THAYNE



Alma de hielo

RAEANNE THAYNE



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2007 RaeAnne Thayne. Todos los derechos reservados.
ALMA DE HIELO, N.º 1837 - 27.1.10
Título original: The Daddy Makeover
Publicada originalmente por Silhouette® Books.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Julia son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8086-2
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo 1

EN una escala del uno al diez, Sage Benedetto situaba el footing en un menos veinte.

Aunque dudaba seriamente de que llegara a disfrutar de ello, después de un mes, al menos había conseguido tolerarlo. El estómago ya no se le encogía ante la mera idea de ponerse las zapatillas y los músculos habían dejado de sufrir espasmos tras los primeros pasos.

Debía ser una buena señal.

Seguramente nunca se convertiría en su actividad preferida, pero lo había prometido y, aunque tuviera muchos defectos, faltar a su palabra no era uno de ellos.

A pesar del dolor muscular y su inherente rechazo ante cualquier actividad que disparara el ritmo del corazón, había descubierto cierta belleza etérea en esas tranquilas madrugadas.

Los inmensos pilares de piedra que emergían del mar adquirían un tono rosado bajo los primeros rayos

de sol y la preciosa extensión de playa de Oregón estaba vacía.

Pronto la playa estaría abarrotada de buscadores de tesoros atentos a caracolas marinas, cristales de colores o cualquier otro objeto regalado por el mar durante la noche. Pero, de momento, la playa le pertenecía… a ella y a Conan.

Una enorme bestia de color rojizo surgió de detrás de unas rocas, asustando a una gaviota.

Ella suspiró. Ese animal era la razón de los madrugones, los músculos agarrotados y la respiración entrecortada. Esa criatura melancólica y delgaducha era su responsabilidad, su maldición, su inesperado legado.

—Si te sigues soltando de la correa, dejaremos de venir por aquí.

El enorme chucho de Abigail, rescatado de la perrera en la misma época en que Abigail la había rescatado a ella también, inclinó la cabeza y miró a Sage con una mirada triste y verdosa.

Algunos días, los paseos por la playa parecían levantarle el ánimo, y ése era el único motivo por el que salía a correr cuando podría quedarse una hora más en la cama.

—Lo sé —murmuró la joven mientras acariciaba al animal—. A ella le encantaban estas mañanas, ¿verdad? Con su aire limpio y fresco y un día por delante repleto de posibilidades. Lo que llamaba días de «todo puede suceder».

Conan gimoteó y se dejó caer sobre la arena, aparentemente exhausto.

—Tienes que animarte, compañero. Los dos tenemos que hacerlo.

Sage tragó con dificultad. Un nudo de dolor parecía haberse instalado en su garganta desde hacía un mes. Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras se

preguntaba cuándo dejaría se sufrir esos repentinos ataques de tristeza.

—Vamos, tontorrón, te echo una carrera hasta casa.

El perro la miró con dulzura mientras se ponía en pie de un salto y arrancaba en dirección a Brambleberry House, a un kilómetro y medio de allí. Incluso al trote más lento, Conan la ganaba. Una forma física bastante lamentable, pensó ella.

No habría avanzado más de unos cientos de metros cuando Conan ladró bruscamente. Al volverse en dirección al ladrido, Sage vio al perro sentado junto a una persona en la arena.

La persona resultó ser una niña pequeña, vestida con un camisón de color verde claro y unas chanclas de color rosa.

Para su sorpresa, Conan movía el rabo y empujaba la mano de la niña con el hocico, en una clara invitación para ser acariciado. Era la primera vez en un mes que mostraba tanto entusiasmo.

Escudriñó en vano la playa en busca de un adulto. Consultó la hora y comprobó que apenas eran las seis. ¿Qué demonios hacía una niña sola en una playa desierta, de madrugada y en camisón?

—Buenos días —saludó.

—¿Es tuyo el perro? —la niña contestó con una amplia sonrisa—. ¡Es preciosa!

—Es un chico y, sí, supongo que puede decirse que es mío.

Al menos en parte. Técnicamente, compartía la custodia del perro y la propiedad de Brambleberry House. Pero no iba a permitir que Anna Galvez le arruinara uno de los días de «todo puede suceder», de Abigail.

—Se llama Conan —le dijo a la niña—. Y yo soy Sage.

—Hola, Conan y Sage. Me llamo Chloe Elizabeth Spencer.

La niña tenía el pelo corto, oscuro y ondulado, unos ojos intensamente verdes y aspecto travieso. Podría haberla confundido con un espíritu del mar, de haber tenido humor para ello.

—Chloe, ¿qué haces sola y a estas horas por aquí?

—Busco galletas de mar —la niña se encogió de hombros—. Ayer encontré cuatro, pero estaban rotas y pensé que si bajaba lo bastante temprano, a lo mejor la marea habría dejado algunas buenas. Le prometí a mi amigo Henry que le llevaría alguna. Sólo tiene siete años y hasta diciembre no cumplirá ocho. Yo tengo ocho desde hace dos meses.

—¿Dónde está tu mamá, o tu papá? ¿Saben que estás aquí?

—Mi mamá está muerta —dijo la niña de una forma casual que a Sage le resultó muy familiar—. Murió cuando yo tenía seis años.

—¿Y qué pasa con tu papá?

—No lo sé. Seguramente aún duerme. Anoche se enfadó conmigo porque quería volver a buscar más galletas de mar y por eso decidí venir sola.

—¿Os alojáis por aquí cerca? —Sage miró hacia las escasas cabañas y hoteles a lo largo de la costa—. Pensé que conocía a todos los niños de ocho años de la ciudad.

—¿A todos? —la niña parecía escéptica e intrigada al mismo tiempo.

—A todos —le aseguró Sage—. Al menos a los que viven por aquí cerca. Y a ti no te he visto nunca.

Cannon Beach tendría unos dos mil habitantes, aunque en verano esa cifra aumentaba gracias a los turistas que llegaban a la costa. Aún faltaba una semana o dos para el inicio de la temporada.

—Estaremos aquí unos días nada más. A lo mejor una semana. Pero si hace falta que se quede más tiempo, mi papá dice que me tendrá que enviar con la señora Strictland para que él pueda trabajar. Es la secretaria de mi papá y me odia. No me gusta ir a su casa.

Aunque era consciente de lo injusto de hacer juicios sobre un hombre al que no conocía, en la mente de Sage se formó una imagen clara del padre de la niña: un hombre demasiado ocupado para buscar galletas de mar con una niña huérfana de madre, y ansioso por deshacerse de ella para dedicarse a la conquista del mundo.

—¿Te acuerdas de dónde os alojáis, cariño?

—Creo que es por ahí —Chloe señaló hacia el norte antes de fruncir el ceño y mirar en dirección contraria—. O a lo mejor por ahí. No estoy segura.

—¿Estáis en un hotel o en un apartamento?

—Es una casa en la playa —la niña sacudió la cabeza—. Mi papá quería alojarse en el Sea Urchin, pero el señor Wu dijo que estaban completos. Creo que mi papá no le cae muy bien.

Stanley Wu era muy bueno juzgando a las personas. Ella no podía estar más de acuerdo con él, a pesar de no conocer al padre de Chloe.

—Pero lo que no entiendo —continuó la niña—, es por qué le va a vender el hotel si no le cae bien.

Sage pestañeó perpleja ante la noticia. No había oído nada sobre las intenciones de Stanley y Jade Wu de vender el Sea Urchin. Eran parte integrante de Cannon Beach desde hacía décadas y su elegante hotel, de unas veinte habitaciones, estaba considerado entre los mejores de la costa.

—¿Sabes si vuestra casa está cerca del Sea Urchin?

—Bastante cerca, pero creo que queda al otro lado.

Esta mañana no he pasado por delante. Al menos no lo creo.

Aunque no parecía preocuparle estar sobre la arena húmeda con nada más que un camisón y chanclas, la niña tembló ligeramente y se acurrucó contra Conan.

Sage suspiró mientras se despedía de cualquier posibilidad de desayunar tranquilamente antes de dirigirse al trabajo. No podía dejar allí sola a esa niña que no parecía tener la menor idea de cómo volver a su casa.

Se quitó la sudadera y envolvió con ella a la pequeña. De inmediato sintió la fría brisa del mar sobre su sudorosa piel.

—Vamos. Te ayudaré a encontrar la casa. Tu papá debe estar preocupado.

Conan ladró, ya fuera a modo de asentimiento o por escepticismo sobre el grado de preocupación del padre de Chloe. Fuera cual fuera el motivo, el perro les guió hacia el pueblo con mucho más entusiasmo del que había mostrado ante la carrera a orillas del mar.

La niña no paraba de hablar y en poco tiempo Sage lo supo todo sobre el mejor amigo de Chloe, Henry, su programa preferido de televisión y su padre distante y obseso del trabajo. La joven ayudó a la niña a encontrar una media docena de galletas de mar que aún no habían sido picoteadas por las gaviotas, dos trocitos de madera y un precioso pedazo de ágata naranja.

—¿Cómo es que sabes tanto de caracolas de mar, pájaros y todo eso? —preguntó Chloe después de que Sage le hubiera señalado un negrón careto y un somormujo.

—Ése es mi trabajo —la joven sonrió a la sorprendida niña—. Soy naturalista. ¿Sabes qué es eso?

—¿Alguien que estudia la naturaleza?

—¡Muy bien! Eso es justo lo que hago. Trabajo para una compañía que enseña cosas sobre el mundo que nos rodea. Cuando no hago trabajos de investigación, enseño a la gente las plantas y los animales que viven en la costa de Oregón. Incluso doy clases a los niños. De hecho, hoy empieza nuestro primer campamento de naturaleza del verano. Por eso conozco a tantos niños de por aquí, porque la mayoría ha estado en mi campamento alguna vez.

—¿De verdad? ¡Qué guay!

—Sí. Yo opino lo mismo —Sage sonrió, encandilada con la pequeña criatura.

—¿Puedo ir a tu campamento? —la niña ni siquiera esperó una respuesta—. Mi papá tiene otro hotel en Carmel. Eso también está en California, como San Francisco, donde vivimos. Una vez fui allí con él y mi niñera me llevó a unas piscinas naturales. Vimos estrellas de mar y anémonas y fue superguay.

Su niñera. ¿Acaso su padre sabía de la existencia de la niña?

—¿Le dijiste a la niñera adónde ibas esta mañana? —preguntó Sage.

—Ya no tengo —Chloe se paró para recoger una caracolita de mar—. La señora Marcos se fue hace dos días. Por eso mi papá tuvo que traerme con él a Cannon Beach, porque no sabía qué hacer conmigo y ya era tarde para anular el viaje. Pero la señora Marcos no fue la niñera que me llevó a las piscinas naturales. Ésa fue Jamie. Ella también se fue. Y después vino la señorita Ludwig. Le olía mal el aliento. Y, ¿sabes qué?, que me alegré cuando me dijo que no me aguantaba ni un minuto más. Yo tampoco la aguantaba a ella.

Lo dijo con tanta naturalidad que a Sage casi se le partió el corazón. La pobre debía tener una existencia

muy solitaria con un padre tan ocupado y una sucesión de niñeras sin sentido del humor, incapaces de hacer el más mínimo esfuerzo por ganarse a esa niña pletórica de energía.

La historia le resultaba amargamente familiar y le llenó de ira.

Pero no era asunto suyo, se recordó. No tenía ni idea de cómo eran las relaciones entre la niña y su padre.

—¿Te resulta familiar algo de esto? —preguntó Sage—. ¿Está la casa cerca?

—No estoy segura —la niña frunció el ceño—. Es una casa marrón de madera. De eso me acuerdo.

La joven suspiró. «Marrón y de madera», podría haber resultado útil si no describiera la mayoría de las casas de Cannon Beach. La ciudad tenía severas normas sobre el estilo y la estética de las construcciones para asegurar la conservación del encanto de la costa.

Pasaron ante viejas casas y tiendas de cedro y Sage empezaba a preguntarse si no debería llamar a Bill Rich, el jefe de la policía local, cuando Chloe soltó un grito de alegría secundado por un ladrido de Conan.

—¡Ahí está! Ésa es —la niña señaló una casa con vistas al mar y los pilares de piedra.

—¿Estás segura? —preguntó la joven. Siempre le había encantado esa casa.

—Recuerdo el carillón con peces. Lo oí cuando me fui a dormir y me recordó al canto de los ángeles. Y recuerdo que la casa de al lado tenía esas descomunales bolas que parecen adornos de Navidad gigantes.

Sage contempló los flotadores de pesca de cristal japoneses que adornaban el jardín de Blair y Kristine Saunder.

—¿Tienes llave? —le preguntó a la niña.

—No —Chloe se aferró al collar de Conan—. Salté por la ventana de mi habitación. Puedo volver por el mismo lugar.

Sage se sintió tentada de permitírselo. Una rápida consulta al reloj le indicó que eran las siete menos veinte y que tenía exactamente cuarenta minutos para cambiarse antes de ir a trabajar. Su vida desde luego sería mucho más sencilla si le permitiera a la niña entrar a hurtadillas en la casa, pero no estaría bien. Debía asegurarse de que el padre supiera lo que había hecho.

—Será mejor que nos aseguremos de que tu padre sepa que estás bien.

—Apuesto a que ni siquiera se ha dado cuenta de que me he ido —murmuró Chloe—. Se va a enfadar cuando lo descubra.

—No puedes marcharte sola así sin más, Chloe. Es peligroso. Podría haberte sucedido cualquier cosa en la playa. Tengo que decírselo a tu padre. Lo siento.

Sintiéndose como la peor de las sabandijas, llamó al timbre mientras Chloe la miraba furiosa.

La puerta se abrió y, de golpe, ella se olvidó de todo lo que iba a decir… y hasta de su nombre.

Chloe se había olvidado de mencionar el insignificante detalle de que su padre era guapísimo. La joven sintió un extraño temblor en las piernas que no tenía nada que ver con el paseo.

El hombre tenía unos rasgos duros y autoritarios. Los pómulos eran prominentes y la mandíbula cuadrada. Sus ojos eran verdes, de un tono algo más oscuro que los de su hija. Resultaba evidente que acababa de salir de la ducha, pues los cabellos seguían mojados y sólo llevaba unos pantalones grises y una camisa azul desabrochada.

Sage tragó con dificultad. ¿Por qué tenía que conocer a un hombre así precisamente el día en que olía como un perro mojado? Además, se recordó, ese tipo no le gustaba nada.

—¿Qué desea? —preguntó él sin disimular una evidente irritación.

La mujer pestañeó y empujó a Chloe hacia la puerta.

—¿Chloe? —miró estupefacto a la niña—. ¿Qué sucede? Pensaba que aún dormías. ¿Qué haces aquí fuera en camisón?

—Nada —dijo ella tras un momento de silencio—. Fui a la playa a buscar más galletas de mar. He encontrado un montón. Bueno, Sage me ayudó. Mira —le enseñó el botín a su padre.

Él contempló el tesoro de su hija sin mover un músculo. O eso pensaba Sage hasta que percibió las nubes borrascosas que cruzaban los verdes ojos.

—¿Qué quieres decir con que te fuiste a la playa? ¡Si apenas son las seis y media de la mañana!

—Me desperté temprano —Chloe se encogió de hombros—, pero tú aún dormías y no quise despertarte. Sólo iba a estar fuera un ratito, pero… bueno, no me acordaba de cómo volver.

—Jovencita, tienes serios problemas.

La voz del padre se tornó repentinamente dura, como las rocas del mar y Sage volvió a tener siete años e intentaba desesperadamente comprender cómo podía haber cambiado su mundo con tan repentina crueldad.

—¿En serio? —los dedos de Chloe se cerraron aún más sobre el collar de Conan.

—Sabes que no debes salir de casa sola. Lo sabes. De cualquier casa.

—Pero papi…

—Me lo prometiste, Chloe. ¿Lo recuerdas? Sabía que traerte conmigo sería un gran error, pero prometiste que, por una vez, te portarías bien. ¿Llamas portarse bien a escaparte a la playa sola?

El hombre no había alzado la voz ni un decibelio, pero los músculos del estómago de Sage se encogieron. Lo odiaba. Y lo peor era que no podía culpar a aquel hombre. No realmente. Cualquier padre se enfadaría al comprobar que su hijo se había marchado sin decir a donde iba.

Era una reacción normal, pero aun así, toda aquella escena le resultaba demasiado familiar.

—Pero no estuve sola mucho tiempo —insistió Chloe—. He hecho dos nuevos amigos, papi. Ésta es Sage y su perro se llama Conan. Ella vive aquí y sabe un montón de cosas sobre pájaros y peces. Es una naturista.

—Naturalista —corrigió Sage.

—Eso. Naturalista. Enseña en un campamento de verano.

Por primera vez desde que había sonado el timbre, el hombre se volvió hacia la joven.

—Me llamo Sage Benedetto —dijo ella mientras rezaba para que la frialdad de su voz ocultara los nervios que aún le agarrotaban el estómago. Aunque quería gritarle y preguntarle qué demonios pretendía aplastando el espíritu de su dulce niña, las palabras quedaron atascadas en la garganta—. Vivo en la gran casa victoriana, a unos ochocientos metros de aquí.

Él la contempló con una curiosa expresión contenida. Y habría seguido mirándola de no haber sido por el ladrido de Conan que lo sacó de su ensoñación. Le estrechó la mano.

Sage estaba segura de que esa descarga eléctrica

que había sentido en los dedos era imaginaria. Pero lo que no había imaginado era la expresión de desconcierto en el hombre.

—Eben Spencer. Gracias por molestarse en traer a mi hija a casa.

—No hay de qué —dijo ella con la misma frialdad—. Debería vigilarla más de cerca.

—Eso es más fácil de decir que de hacer, señorita Benedetto. Pero gracias por el consejo.

—De acuerdo —contestó ella mientras forzaba una sonrisa antes de dirigirse a la niña—. Adiós, Chloe. Tienes que aclarar esas galletas de mar con agua limpia y después sumergirlas en agua con lejía durante unos cinco o diez minutos. Así se endurecerán y no se romperán.

La niña se rió y Sage llamó a Conan que apoyó el hocico contra Chloe antes de salir corriendo en dirección a Brambleberry House.

Eben la contempló alejarse junto con su perro. Una extraña mujer de salvajes cabellos color miel y un apenas disimulado desprecio en los ojos castaños moteados de ámbar.

Resultaba obvio que no le había gustado a aquella mujer. No le había pasado desapercibida la frialdad en su expresión ni su manera cortante de hablarle.

Lo que no entendía era por qué le preocupaba tanto. Él no gustaba a mucha gente. No era de la clase de personas que buscara constantemente la aprobación de los demás y hacía mucho tiempo que había aprendido que una cierta impopularidad era el precio a pagar por el éxito.

Era muy bueno en su trabajo. Había tomado las riendas del ruinoso negocio familiar y, mediante una

hábil gestión, lo había convertido en uno de los principales negocios hoteleros.

Se había encontrado con muchos gestos de desprecio, pero el reflejado en los ojos de Sage Benedetto lo había irritado. Y el hecho de que le preocupara, lo irritaba aún más.

¿Qué podía importarle lo que pensara de él una extraña con un desgarbado chucho?

La joven se paró frente a una enorme y alegre casa victoriana bordeada de lavandas. Al verla entrar en la casa no pudo evitar recordar la descarga que había sentido al tocar su mano.

Era una locura, pero habría jurado que un extraño contacto se había establecido entre ellos, y que algo en su interior la había reconocido.

Una estupidez. Y muy impropio de él. No era de los que dejaban volar su imaginación, ni de los que se sentía atraído por una mujer que, claramente, no compartía su interés.

—Es agradable. Me gusta. Y adoro a ese perro. Conan es monísimo —parloteó Chloe desde el interior de la casa haciendo que Eben tomara conciencia de que aún estaba pegado a la ventana.

El hombre desvió su atención de los pensamientos sobre Sage Benedetto y se concentró en su hija. La niña había esparcido su tesoro sobre la mesa de café, llenándola de arena y suciedad.

—Muy bien, jovencita —él suspiró mientras cerraba la puerta—. Quiero oírlo.

Hizo todo lo que pudo para mantenerse firme y habló en el mismo tono que utilizaría con un empleado recalcitrante.

Era en esos momentos cuando más dolorosamente recordaba que no tenía ni idea de cómo educar a un hijo. No tenía ningún referente propio de infancia por

el que guiarse. Él y su hermana prácticamente se habían criado el uno al otro, atrapados en medio de una batalla campal.

Entre las rabietas y estallidos violentos de su madre, y el vergonzoso egoísmo de su padre, era un milagro que su hermana y él hubieran llegado a saber comportarse como adultos.

Cami había encontrado la felicidad. En cuanto a él, hacía todo lo posible para no repetir los errores de sus padres.

—Sabes cuáles son las normas sobre salir de casa sola. ¿Qué tienes que decir en tu descargo?

—Lo siento, papi —Chloe contempló las galletas de mar, toda felicidad desaparecida de su mirada—. Te prometo que no volveré a hacerlo.

—Eso es lo que dices siempre —Eben suspiró—, pero luego encuentras otro modo de meterte en líos.

—No lo hago a propósito —dijo la niña con voz apenas audible—. Intento portarme bien, pero es taaan difícil.

Él no pudo por menos que estar de acuerdo. Nada era tan difícil como intentar hacer lo correcto todo el tiempo. En esos momentos, una parte de él quería llamar a Stanley y Jade Wu para mandarles al infierno y decirles que no quería su estúpido hotel si seguían poniendo trabas.

Y esa misma parte quería sentar a Chloe sobre sus hombros y correr con ella descalzo por la playa sintiendo la arena y el agua helada entre los dedos de los pies, y oyendo las infantiles risas en sus oídos.

—Pues inténtalo un poco más fuerte, ¿de acuerdo? —dijo con seriedad—. Este trato es muy importante para mí, Chloe. Ya te lo he explicado. Tienes que portarte bien. No puedo permitirme ninguna distracción. Sólo serán unos pocos días más, luego te

prometo que volveremos a San Francisco y te buscaré otra niñera.

Ella asintió y sus labios dibujaron una delgada línea que indicaba claramente que se sentía tan molesta como lo había estado Sage Benedetto.

—Estaré reunido con Stanley y Jade Wu casi todo el día, de modo que he contratado a una cuidadora. Sólo te pido que te portes bien. ¿Podrás hacerlo durante unas horas?

—Cuando termines tu reunión, ¿podremos comprar una cometa y bajar a la playa? —Chloe lo miró—. Sage dice que Cannon Beach es el lugar perfecto para volar cometas porque siempre hay viento y no te tropiezas con la gente porque hay mucho sitio.

—Si me prometes portarte bien, hablaremos de ello después de la reunión.

—Seré muy buena, papi —la niña se abrazó a su padre—. Lo prometo, lo prometo, lo prometo.

Eben le devolvió el abrazo con una cierta sensación de congoja. Odiaba la idea de enviarla a un internado al finalizar el verano. Pero desde la muerte de Brooke, dos años atrás, Chloe había tenido seis niñeras que habían huido espantadas por su comportamiento. Seguro que debía haber batido alguna clase de récord. No podía hacerlo solo y no le quedaban casi opciones.

—A lo mejor Sage y Conan pueden ayudarnos a volar la cometa —exclamó Chloe.

—Ya veremos —lo último que él deseaba era pasar más tiempo con Sage Benedetto. Tan sólo esperaba que el esfuerzo por portarse bien agotara a Chloe hasta hacerle olvidarse de la vecina temporal y su pantagruélico perro.